

El carecer de una regla fija para la herencia fue la desgracia de la dinastía asmónea y produjo una serie de crímenes de familia como los que se encuentran en todas las dinastías orientales, ajenas a la herencia por orden de varón y de primogenitura. Un motivo de esto era la reunión en una sola persona del supremo sacerdocio y del principado. Una combinación que se les ocurría a los soberanos ilustrados era dejar el gobierno temporal a su viuda y la dignidad de sumo sacerdote a su hijo mayor. Este arreglo respondía a las miras de los fariseos, cuya idea fija era separar ambos poderes. Como las mujeres les eran adictas, las causas de conflicto eran menores con una regente, siempre muy complaciente con el sacerdocio, según veremos más adelante en Alejandra.

Se cree que Juan Hircano tuvo antes que Alejandro Janneo una idea análoga. Habría querido que después de su muerte ejerciese el poder su mujer y el pontificado el mayor de sus hijos, Judas, cuyo nombre griego era Aristóbulo. Los fariseos eran favorables a esta combinación que fracasó totalmente. Aristóbulo quiso el poder en las mismas condiciones que su padre, y se apoderó de él con un ejército. Mandó encarcelar a su madre y a sus hermanos, excepto Antígono (segundo hijo de Juan Hircano), al cual tenía gran afecto. Enfurecidos los fariseos con el mal éxito de su intriga, dieron a esto un aspecto odioso, y lanzaron contra Aristóbulo las calumnias más tremendas. Los crímenes que enturbian la memoria del aquel príncipe, parecen invenciones del partido malévolo, cuyas malignidades acogía con mucha ligereza el pueblo.

Como afirman los relatos puestos en circulación por los fanáticos, Aristóbulo dejó morir de hambre en la cárcel a su madre. Inverosímil es semejante monstruosidad. Por otra parte, parece que Aristóbulo fue un buen soberano, grandemente elogiado por Timógenes de Alejandría, historiador muy serio. El mismo Josefo, atribuyéndole semejantes crímenes, le reconoce raras cualidades.

Cuando subió al trono Judas Aristóbulo, tomó el título de rey y la diadema real. De este modo pensaba acabar con la oposición de los fariseos, pero tal título no figura en sus monedas, semejantes a las de Juan Hircano.

Según hemos dicho, Aristóbulo tenía gran cariño a su hermano Antígono y lo asoció a la realeza. Luego vinieron las sospechas ordinarias en unas situaciones tan insostenibles. Aristóbulo mandó matar a su hermano y luego murió de remordimiento. Todo esto que cuentan es muy dudoso. Lo seguro es que Aristóbulo en su año de reinado prestó grandes servicios a la nación judía e hizo una guerra muy afortunada

en Iturea. La anexión en parte a Judea obligó, según costumbre, a los habitantes a hacer la vida judía y circuncidarse.

Al igual que muchos soberanos orientales de aquel tiempo, Aristóbulo usaba el título de Filoheleno. Lo mismo que su padre, estaba mal con los fariseos, y de los odios feroces de éstos procede lo mal que le trata la historia.

Muerto Aristóbulo, su viuda Salomé, llamada Alejandra en griego, mandó libertar a los tres hermanos del difunto y proclamó rey y sumo sacerdote a Jonathán o por abreviación Janneo, llamado en griego Alejandro, que parecía el mejor y más moderado. Casóse también con él, aunque le llevaba bastantes años. Era mujer de gran capacidad y más adelante hizo importante papel.

Alejandro Janneo tenía entonces veintidós años. Reinó veintiséis o veintisiete (104 a 78 antes de Jesucristo), y su reinado resultó bastante bueno, primeramente porque fue largo y luego porque Alejandro Janneo, aparte de su excesiva afición a la guerra, fue un soberano bastante estimable. Al subir al trono cometió la menor cantidad de las crueldades juzgadas necesarias en Oriente para la seguridad de un trono. Mandó matar a uno de sus hermanos cuya ambición temía, y dejó vivir al otro, que no deseaba salir de la oscuridad.

En primer lugar Alejandro Janneo combatió contra Acre, Dora y otras ciudades del litoral que se habían librado de la dominación judía, y el éxito fue muy vario. Acre, con un patriotismo admirable, se salvó para siempre del dominio israelita, y mereció continuar siendo ciudad libre. Egipto se entrometió en estos asuntos y se produjo un enredo tremendo de perfidias y traiciones. Dora y la torre de Estratón tenían un tirano llamado Zoilo, que se defendió enérgicamente, pero igualmente tuvo que ceder. Las adquisiciones de los judíos se extendieron a Gaza, Raphia y Antedón. La ruina de Gaza fue espantosa. El sitio duró un año y los habitantes fueron exterminados (96 antes de J.C.). Todo el antiguo país de los filisteos, menos Ascalón, cayó en poder de Israel, transcurridos mil quinientos años de encarnizada rivalidad.

Más allá del Jordán, tomó Janneo a Gadara y Amata. Quedaron sometidos los países de Galaad y Moab. En cambio Teodoro, hijo de Zenón Cotilas, había logrado proseguir en aquellos parajes la obra de su padre, se rehízo de una primera derrota y nunca cedió a los asmóneos.

Aparte del comienzo de su reinado, Alejandro Janneo se había apoyado en el bando saduceo, y cada vez se envenenaba más el descontento de los fariseos. Osados, impertinentes, seguros de la aprobación del pueblo bajo, aquellos terribles adversarios no retrocedían ante los ultrajes públicos que un gobierno tolera difícilmente. Un año (probablemente el 95 antes de Jesucristo) se produjo un incidente gravísimo en la fiesta de los tabernáculos. Mientras oficiaba Alejandro Janneo como gran sacerdote, los judíos que asistían a la ceremonia y que llevaban, según costumbre, palmas y ramas de limonero, se entregaron a un escándalo inaudito. Alejandro Janneo acababa de subir al altar, cuando toda la concurrencia gritó que era indigno del pontificado tirándole las palmas a la cabeza. No se podía soportar la afrenta. Endurecido Janneo mandó cargar a su guardia, compuesta por mercenarios de Jisidia y Cili-

cia. La matanza fue terrible. Afirma Josefo que perecieron seis mil partidarios de los fariseos. Janneo, muy agraviado, mandó levantar una valla de madera alrededor del altar y de la parte del templo, a la que sólo podían llegar los sacerdotes. Precaución inútil. El mal estaba en la unión del sacerdocio y la realeza. La realeza tiene derechos, privilegios y exigencias. Ofendía a las almas piadosas ver a tales hombres, que estaban manchados de sangre, oficiando en el altar del Dios de Santidad.

Janneo llevó a cabo poco después una expedición contra Obedas, rey de los nabateos, y fue completamente derrotado. Habiendo fracasado, volvió a Jerusalén y encontró al pueblo muy exasperado contra él. Aquel descontento se convirtió en verdadera guerra civil. Según Josefo, siempre inclinado a la exageración, duró aquella guerra seis años y costó la vida a 50.000 judíos. Janneo pudo hacer frente al pueblo con sus mercenarios, pero al fin tuvo que ceder presentando proposiciones de paz. Pero el judío enfurecido no suele atender a razones: «¿Qué es lo queréis de mí entonces?», preguntaba a los insurgentes. «Tu muerte», le contestaron.

Entonces sucedió un hecho increíble. El año 88 antes de Jesucristo llamó el pueblo en su auxilio al rey seléucida Demetrio III Eukeros, contra el biznieto de Mattathiah. Tales son las pasiones religiosas. Janneo era un judío religioso, y hasta si se quiere fanático: exterminaba poblaciones para agrandar las fronteras del reino judío, y sin embargo los nietos de los que sus antepasados habían libertado llamaron contra él a uno de los sucesores de Antíoco, por un ligero matiz de devoción, por una manera algo diferente de practicar la misma ley.

Demetrio Eukeros esperó devolver al imperio seléucida las provincias necesarias a su integridad. Entró en Palestina y acampó con su ejército delante de Siquem, donde se le reunieron los demócratas de Jerusalén. Janneo acudió con valentía, pero fue vencido y tuvo que refugiarse en las montañas de Efraím.

La dinastía asmónea estaba, sin embargo, más arraigada de lo que creían los agitadores revoltosos. Cuando se vio que la consecuencia de todo aquello iba a ser el restablecimiento de la autoridad seléucida, se reflexionó. Pareció poco apetecible la entrada de Eukeros en Jerusalén y se tuvo piedad del soberano reducido a tal extremo. Seis mil soldados se fueron con Janneo. Eukeros no vio ninguna ventaja en intervenir en unos odios tan feroces, y se retiró con su ejército, dejando a los judíos que solucionaran ellos sus asuntos.

Todavía no había acabado la guerra civil. Habiendo logrado Janneo el año 87 acorralar a los principales jefes sediciosos en una plaza pequeña llamada Betomé, la sitió, llevando a todos los prisioneros a Jerusalén. Parece que ochocientos fueron crucificados y que durante su larga agonía fueron degollados delante de ellos sus mujeres y sus hijos. Entre tanto el rey daba un banquete a sus concubinas, que contemplaban la escena. Este acto odioso valió a Janneo el sobrenombre de *Trakidas* (verdugo). La noche siguiente a la de la terrible ejecución, ocho mil habitantes de Jerusalén salieron de la ciudad para no volver mientras viviera Janneo.

Diremos de nuevo lo dicho varias veces. La historia de aquel tiempo nos la han transmitido los fariseos, exagerados y aficionados a quejarse.

Seguramente fue cruel Janneo, pero probablemente no cometió cuantas atrocidades se le atribuyen. Se cerró la herida hecha a la conciencia judía, y desde el sitio de Betomé y las severidades que fueron su consecuencia, no se volvió a turbar la paz pública.

La guerra exterior proseguía ininterrumpidamente. Antíoco XII Dionysios reclamó el paso por Judea para ir a combatir con los árabes. Janneo se negó y abrió una zanja fortificada desde Cafarnasaba a Joppe. Antíoco la pasó, pero fue vencido y muerto por los árabes. Al hacerse rey de Damasco, Hareth, soberano de los nabateos, quiso también atravesar Judea. Janneo quiso cerrarle el paso, pero vencido en Adida tuvo que comprar a alto precio la retirada del vencedor.

La última expedición de Janneo (84-81) fue de las más afortunadas. Se verificó en la región de allende el Jordán. Dium, Gerasa, Gaulan, Selenicia y Gamala fueron tomadas y anexionadas. La ciudad macedonia de Pella no quiso dejar su culto por el judaísmo y fue arrasada. Janneo volvió a Jerusalén. Sus victorias eran tan brillantes, que fue muy bien recibido. Había reparado con la guerra santa y el exterminio piadoso de los extranjeros, los crímenes religiosos que se le podían echar en cara en el interior.